

## La pobreza enredada en las turbulencias macro-económicas en América Latina

Cada día se vuelve más inaguantable la pobreza. Su amplitud, su profundidad, su heterogeneidad plantean nuevos problemas.

En la mayor parte de las economías latinoamericanas la pobreza disminuyó en la primera mitad de los años noventa con el control de la inflación y la vuelta del crecimiento, pero las desigualdades se acentuaron en la mayoría de los países. En la

segunda mitad, la inestabilidad macroeconómica de los regímenes de acumulación se impone como la característica más importante de los

regímenes de acumulación con dominante financiera, instaurados para salir de la crisis inflacionaria de los años ochenta. Esta inestabilidad acentúa la vulnerabilidad de los estratos más pobres de la población. La regulación de los mercados se convierte cada vez más en una necesidad. Pasa por un

reconocimiento del papel positivo de los Estados en lo económico y en lo social. Es imprescindible trastornar de arriba abajo los enfoques tradicionales si verdaderamente se quiere reducir la pobreza.

Cada día se vuelve más inaguantable la pobreza. Su amplitud, su profundidad, su heterogeneidad plantean nuevos problemas. La mayor parte de las economías latinoamericanas experimentaron un empeoramiento sensible de su pobreza en los años ochenta, y aun cuando ésta disminuyó en la primera mitad de los años noventa con el control de la inflación o, incluso, con la hiperinflación y la vuelta del crecimiento, las desigualdades se acentuaron en la mayoría de los países. En la segunda mitad, la inestabilidad macroeconómica de los regímenes de acumulación se impone como la característica más importante de los regímenes de acumulación con dominante financiera, instaurados para salir de la crisis inflacionaria de los años ochenta. Esta inestabilidad acentúa la vulnerabilidad de los estratos más pobres de la población.<sup>1</sup>

♦ Investigadora en el Cnrs y Greidt.  
♦♦ Profesor en la Universidad Paris-XIII,  
Greidt y CEPN-Cnrs.

psalama@wanadoo.fr

1 Se tendrá que esperar el final de los años noventa para que el Banco Mundial subraye la vulnerabilidad de los más pobres a la inestabilidad económica y esboce con esto un deslice en su política de lucha contra la pobreza. Recordemos que se centraba en la búsqueda de grandes equilibrios que se pensaban obtener



El crecimiento reaparecido es en general modesto y las tasas de formación bruta quedan bajas, ya que la mayoría de estas economías conservan, consolidan en algunos casos, los aspectos rentistas que las caracterizaban y que alimentan la desigualdad profunda de los ingresos. El crecimiento proporciona pocos empleos en la industria y le acompaña un incremento de los empleos informales. Los empleos se vuelven más precarios y se desarrolla el tiempo parcial en el trabajo. Por eso, el crecimiento actúa de una manera moderada sobre la pobreza. El regreso a una estabilidad relativa de los precios conduce a una disminución de la pobreza gracias a sus efectos sobre la distribución de los ingresos, pero dura poco tiempo. La apertura brutal de las economías a la economía mundial suscita, a la vez la destrucción, más o menos importante, de segmentos del aparato industrial y una modificación sustancial del tejido industrial gracias a un desarrollo importante de la productividad laboral.

Parco en empleos, el crecimiento también es “tacaño” para distribuir sus frutos: los ingresos del trabajo, con excepción de las categorías más calificadas, aumentan menos que el crecimiento de la productividad y, con el incremento de las actividades financieras y de los ingresos que se derivan de ellas, las desigualdades tienden a acentuarse otra vez. El crecimiento parco en empleos y en alza de poder adquisitivo no puede aliviar de manera duradera y significativa la pobreza. Ésta nace de la baja calidad de los empleos y de la imposibilidad de obtenerlos, incluso informales, con unas horas semanales de trabajo suficientes. El crecimiento reaparecido es específico: sufre una lógica financiera de la cual se va haciendo cada vez más difícil escapar. Las crisis

---

por una liberalización del conjunto de los mercados y un retroceso importante del Estado en lo económico, por una parte, y en programas focalizados a favor de los más pobres, por otra. Hasta hace poco tiempo esta institución no analizaba los efectos devastadores sobre los pobres de la nueva dependencia financiera, o apenas lo hacía.

financieras de la segunda mitad de los años noventa son reveladoras de la dinámica “de la economía casino” que tiende a instaurarse con la liberalización brutal del conjunto de los mercados y la retirada, a veces muy importante, del Estado. Las turbulencias macroeconómicas tienen efectos altamente multiplicadores sobre la pobreza. La crisis acentúa la pobreza, y la recuperación macroeconómica –de igual importancia y duración similar– no produce efectos compensatorios. La elevada volatilidad macroeconómica produce efectos de histéresis que frenan la reducción de la pobreza, que podría generar el crecimiento si fuera más estable. Este conjunto de nuevos aspectos caracteriza las principales economías latinoamericanas desde el decenio de los años noventa. Es lo que vamos a examinar.

### I El crecimiento reaparecido

#### El regreso del crecimiento

El crecimiento parece, *a priori*, el remedio milagroso a la pobreza<sup>2</sup> por dos razones, según Edwards (1995): el empleo aumenta y la productividad crece, y con ella suben los salarios. Sin discutir por el momento la pertinencia de las dos razones mencionadas por Edwards, se puede observar (gráfico 1) de 1990 a 1997 una relación creciente entre el crecimiento *per capita* y la reducción de la pobreza<sup>3</sup> pero, sin

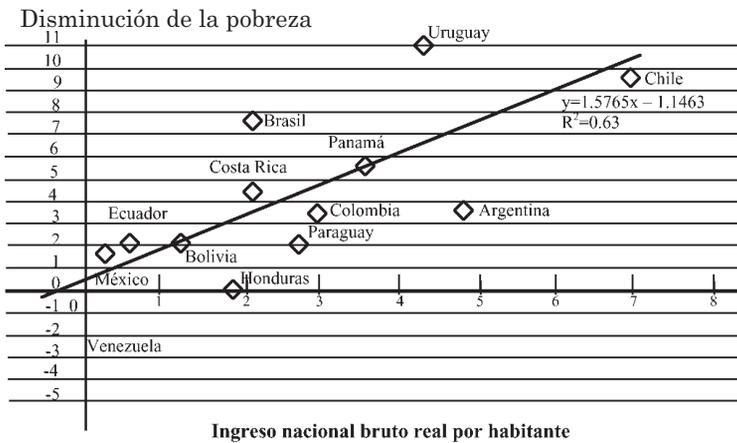
2 Aunque tenemos conciencia de sus límites, los indicadores utilizados aquí son indicadores de pobreza monetaria, llamada absoluta. Para una comparación con los indicadores de pobreza no monetaria, véanse los informes anuales del PNUD.

3 La literatura sobre este tema es abundante; para una posición algo “extrema” véase a D. Dollar y A. Kraay del Banco Mundial (2001) que, utilizando la técnica de las muestras (en total 418 observaciones año/país), muestran que la relación entre el logaritmo del ingreso *per capita* de los pobres y el logaritmo del ingreso medio *per capita*, es robusto, con una derecha de regresión inclinada de 1.07. Según estos autores, el 80% de la variación positiva del ingreso de los pobres se debería al aumento del ingreso medio (crecimiento observado en un plazo de 5 años) y 20% se debería a una menor desigualdad de los ingresos en el tiempo y entre los países (p. 5), hecho que les lleva a decir que “las políticas macroeconómicas en favor del crecimiento son buenas



embargo, con una dispersión relativamente importante en torno a la línea de regresión. Algunos países tienen una reducción importante de su pobreza con una tasa de crecimiento relativamente modesta; otros, al contrario, conocen una pequeña reducción de su pobreza con un crecimiento más sustancial.

**Gráfico 1**  
**Disminución de la pobreza e ingreso nacional**  
**bruto real por habitante, 1990/1997**  
**(Tasa media anual de variación, en porcentajes)**



Fuente: Elaborado sobre la base de información oficial suministrada por los países y de periodos especiales de las respectivas encuestas de hogares, CEPAL (2001).

La eficacia del crecimiento en el nivel de la pobreza depende, *a priori*, de varios parámetros. Los dos primeros se refieren a la tasa de crecimiento y a su carácter duradero, por una parte; a la amplitud de la pobreza (H0), a su pro-

para los pobres, ya que elevan su nivel de ingreso sin ningún efecto desfavorable sistemático sobre la distribución del "ingreso" (p. 9), apreciación que impugnaremos más adelante.

fundidad (H1: la distancia entre la línea de la pobreza y los ingresos de los pobres) y a la distribución de la pobreza entre los pobres (H2), por otra. Mientras más elevado sea el crecimiento, siendo todas cosas iguales, por otra parte, más tenderá a bajar la amplitud de la pobreza; mientras menos importantes sean la profundidad de la pobreza y su grado de desigualdad, más disminuirá la pobreza, siendo igual la tasa de crecimiento. El crecimiento puede afectar al ingreso absoluto y relativo de los pobres cuando es, por ejemplo, especialmente inflacionario, pero puede también no aumentar las desigualdades entre los pobres, aumentar la parte de los primeros deciles en el ingreso del país, pero acentuar las desigualdades entre los nueve primeros deciles y el último decil. Ésta es la razón por la que no se puede considerar el crecimiento por su solo aspecto cuantitativo: es necesario calificarlo y clasificarlo, estudiar por periodos los distintos regímenes de acumulación según lo que los hace dinámicos (mercado interno, mercado externo, tipo de distribución de los ingresos, etcétera).

El crecimiento es superior al que se alcanzó en los años ochenta para el conjunto de las economías latinoamericanas (entre ellas el Caribe). La tasa de crecimiento del PIB *per capita* (valor de 1995) es de 1.4% de 1990 a 1999, contra -1% en los años ochenta. Las divergencias de crecimiento entre estos dos decenios son a veces importantes: Argentina registra un crecimiento *per capita* de 3,3% contra -2,1%; Perú 2,9% contra -3,3%; a veces de menor importancia: Brasil registra un crecimiento de 1% contra -0,7%; México 1,3% contra -0,3%; finalmente, Colombia se encuentra en una situación particular, puesto que su índice de crecimiento *per capita* es superior en los años ochenta (1,6%), mientras que en el decenio siguiente es de 0,5% (CEPAL, 2001, p. 83). Sin examinar detalladamente las estadísticas, se sabe sin embargo que este crecimiento es más débil que el que se alcanzó de los años cincuenta a setenta, y como lo veremos, es especialmente volátil.

## La disminución de la pobreza y luego su estabilización relativa

La pobreza disminuye después de haber aumentado mucho a fines de los años ochenta. Según las investigaciones llevadas a cabo por el Banco Mundial, bajo la dirección de Q. T. Wodon (2000), el indicador que mide la amplitud de la pobreza en América Latina ( $H_0$ ) disminuye ligeramente, puesto que pasa de un máximo alcanzado en 1992 (39.65%) a 36.92% en 1996. La crisis de los años 1998 y 1999 invertirá esta evolución de manera más (Argentina) o menos importante (Brasil), según la importancia y la duración de la crisis.<sup>4</sup> El indicador que mide la profundidad de la pobreza ( $H_1$ ) disminuye también, así como el que mide la desigualdad en-

4 Con la segunda fase de sustitución de las importaciones, de bienes pesados, la industrialización en Brasil favorece el énfasis de las desigualdades y también la reducción de la pobreza. La prolongada crisis inflacionaria de los años ochenta es la causa del énfasis de las desigualdades y de la pobreza. La apertura de la economía y la liberalización de los mercados suscitan evoluciones contrastadas: la pobreza y las desigualdades disminuyen, se estabilizan, luego tienden a aumentar; siguen siendo muy importantes en el norte y noreste del país, pero a partir de 1996 aumentan sensiblemente en algunas regiones, entre las más industrializadas (São Paulo), como se puede observar en la tabla siguiente:

Cuadro 2  
Amplitud de la pobreza en Brasil

Regiones y estratos	Proporción (%)						Cent. (%)	Núm. de pobres (mil)
	1993	1995	1996	1997	1998	1999		
Norte urbano	47,46	38,49	39,57	39,61	40,53	39,95	4,98	2.711
Noreste	63,96	52,05	53,13	52,86	50,35	50,90	42,03	22.880
Minas G./ F. Santo	38,54	27,82	28,21	27,50	28,76	28,62	10,43	5.676
R. Janeiro	43,52	28,50	29,16	28,86	28,55	27,88	6,81	3.707
São Paulo	34,16	22,01	24,17	25,21	25,11	29,35	18,77	10.217
Sul	24,49	17,85	17,59	18,11	17,76	19,71	8,72	4.749
Centro-Oeste	47,11	37,44	37,71	34,62	34,56	37,43	7,61	4.145

tre los pobres ( $H_2$ ). Estos dos últimos indicadores son especialmente importantes: los pobres son, en promedio, menos pobres que en 1992 y las desigualdades entre los pobres se reducen ligeramente, mientras que las desigualdades en el conjunto de la población tienden a acentuarse, tal como lo veremos. Las evoluciones de la extrema pobreza son las mismas que las de la pobreza, como se puede ver en el cuadro 1. Estas evoluciones favorables de los indicadores de la pobreza<sup>5</sup> son confirmadas por el coeficiente entre el ingreso medio de la población y el ingreso de la línea de pobreza en numerosos países (excepto Colombia, cuyo índice de crecimiento *per capita* en los años noventa es más bajo que el que se alcanzó en los años ochenta y en los años de crisis), así como se puede ver en el cuadro 4.

Metropolitano	45,12	31,16	32,65	33,18	33,74	36,88	32,12	17,484
Urbano	40,35	31,20	31,46	31,30	30,14	31,78	45,95	25,016
Rural	51,56	41,51	43,42	42,84	41,61	40,26	21,93	11,940
BRASIL	44,09	33,23	34,13	34,09	33,43	34,95	100	54,440

Fuente: S. Rocha (2000) según IBGE/PNAD (tabulaciones especiales). Nota: Líneas de pobreza basadas en la POF.

5 Para más detalles, país por país, véase CEPAL (2000): Panorama social de América Latina, tablas pp. 40 y 42. A modo de ejemplo, las evoluciones de los principales indicadores (calculados en relación con la población)—limitados aquí al sector urbano—de Argentina, Colombia y México en estos cuadros.

Cuadro 3  
Indicadores de pobreza y de indigencia para tres países

	$H_0$	$H_1$	$H_2$	$H_0$	$H_1$	$H_2$
Argentina	-	-	-	-	-	-
1990	21	7,2	3,4	5	1,6	0,8
1997	18	6,2	3,1	5	1,5	0,7
Colombia	-	-	-	-	-	-
1991	53	22	12,1	20	6,7	3,4
1997	45	19,1	10,8	17	6,1	3,5
México	-	-	-	-	-	-
1989	42	15,8	8,1	13	3,9	1,9
1998	39	13,4	6,4	10	2,5	1

Fuente: CEPAL (2000) p. 40 y 42. Las columnas 2, 3 y 4 se refieren a la pobreza, y las tres últimas a la indigencia;  $H_1$  y  $H_2$  se calculan en relación con los hogares, para la pobreza, y en relación con la población, para la indigencia.

## Cuadro 1

### Evoluciones de los principales indicadores de pobreza e indigencia

	Pobreza			Extrema pobreza		
	H <sub>0</sub>	H <sub>1</sub>	H <sub>2</sub>	H <sub>0</sub>	H <sub>1</sub>	H <sub>2</sub>
1986	33,75	14,84	9,06	13,32	5,94	4,05
1989	38,26	18,18	11,54	17,59	8,02	5,24
1992	39,65	19,20	12,60	18,65	9,10	6,36
1995	36,92	17	10,63	15,94	7,20	4,87
1996	36,74	16,93	10,72	16,10	7,38	5,09
1998*	35,83	n.d.	n.d.	15,55	n.d.	n.d.

Fuente: Wodon, Banco Mundial, 2000, p.16.

Nota: ° Los datos para 1998 son proyecciones.

## Cuadro 4

### Evoluciones, a) de la relación ingreso medio/ingreso de la línea de pobreza, y b) de la amplitud de la pobreza (%)

	Argentina (urbana)		México		Brasil		Chile		Colombia (urbana)	
	a	b	a	b	a	b	a	b	a	b
1986	6,16	12,93	2,22	33,99	3,42	30,02	1,91	47,79	1,17	63,99
1989	4,90	19,89	3,08	23,44	2,77	43,81	1,99	50,97	1,40	57,93
1992	4,77	14,58	2,97	26,94	2,08	46,72	1,89	46,16	1,60	53,57
1995	4,71	14,91	3,08	25,37	2,84	38,12	2,94	30,75	1,62	54,07
1996	4,99	15,22	2,48	32,10	3,05	36,67	3,17	28,02	1,68	52,24

Fuente: Wodon, Banco Mundial (2000), pp. 26-27.

Mientras más importante y duradero es el crecimiento, sus efectos positivos sobre la pobreza tienen mayor probabilidad de ser importantes. La reducción de la amplitud de la pobreza, a la vez depende, no obstante, de la importancia al mismo tiempo del indicador de la profundidad de la pobreza y del indicador de las desigualdades entre los pobres.

Según los trabajos de Wodon (2000, pp. 7 y 56), la elasticidad neta de la pobreza con relación al crecimiento<sup>6</sup> es de -0.94, lo que significa que para un crecimiento de 1% la pobreza baja de 0.94%, todas cosas siendo iguales, por otra parte (mismo nivel de desigualdades), o también que la

6 72 observaciones en 12 países de 1986 a 1996.

amplitud de la pobreza, siendo en 1996 de 36.74, esta reducción corresponde aproximadamente a un tercio de punto (0.34). Esta elasticidad es de -1.30 para la extrema pobreza. La elasticidad de la pobreza en las desigualdades (medida por el coeficiente de Gini) es de 0.74 para los pobres y 1.46 para los indigentes. El estudio pone de manifiesto que los efectos sobre la profundidad de la pobreza y sobre las desigualdades entre los pobres, tanto del crecimiento como de la reducción (el aumento) de las desigualdades, son aún más importantes que los que se observaron sobre la amplitud de la pobreza. Cabe decir cuan enormes pueden ser los efectos de un regreso del crecimiento y de una reducción de las desigualdades sobre la amplitud de la pobreza, el aumento del nivel de vida de los pobres y sobre las desigualdades que sufren, como lo vimos en la nota sobre el caso brasileño (cuadro 2).

#### Las enseñanzas del Plan Real en Brasil

La pobreza disminuye mucho en Argentina al acabar la hiperinflación y al reaparecer el crecimiento a principios de los años noventa. En la medida en que la profundidad de la pobreza era relativamente baja, comparada con las otras economías latinoamericanas, esta evolución se explica fácilmente. La profundidad de la pobreza es mucho más importante en Brasil, y sin embargo la reducción del indicador de pobreza es importante. Esto es lo que hace interesante estudiar este caso. La pobreza disminuye brutalmente en 10 puntos en Brasil (ver cuadro 2). La amplitud de esta reducción, su aspecto repentino y su rapidez, generan la siguiente pregunta: ¿se puede considerar que baste que el crecimiento se reanude, que la liberalización de los mercados siga adelante y que cese la inflación, para erradicar la pobreza sin que se fomenten políticas distributivas a favor de los más pobres?



En los años 93-95, varios factores actuaron a favor de los más pobres: los precios de los bienes alimentarios crecieron menos que el nivel general de los precios (ahora bien, los más pobres gastan más en alimentación que las categorías superiores); la inflación cesó brutalmente y gracias al crecimiento el ingreso de las capas no pobres (pero no por eso ricas), mejoró mecánicamente (el ajuste actuó temporalmente a favor suyo y se volvieron a contratar trabajadores), de modo que el poder adquisitivo de aquéllos aumentó. Sus anticipaciones que sean positivas (la estabilización es duradera) o negativas (la estabilización no durará), el retraso en algunas compras de bienes duraderos ha permitido la desmultiplicación de su demanda. La apertura de las fronteras, iniciada a partir del principio de los años noventa, confirmada con el Plan Real, divide más claramente que antes la actividad económica en dos zonas: una abierta a la competencia internacional y otra quedando relativamente protegida aún, por la misma naturaleza de los productos. La estructura de los precios relativos se altera: los precios de los bienes amenazados por la competencia internacional crecen menos rápidamente que el nivel general de los precios; el de los bienes protegidos aumenta más rápidamente. Ahora bien, es en este sector protegido donde se sitúa la mayoría de los empleos informales y, por lo tanto, los ingresos más bajos. La deformación de los precios relativos va a permitir temporalmente que los ingresos de las categorías más desamparadas puedan crecer. No fue así, pues el solo crecimiento que permitió la reducción importante de la pobreza, sino también y sobre todo la modificación de las anticipaciones y la alteración de la estructura de los precios relativos, es decir, el conjunto de los mecanismos que generaron una modificación en la distribución de los ingresos a favor de los estratos más modestos. Son las condiciones en las cuales se produjo el crecimiento (reducción consiguiente de las desigualdades de ingresos a raíz del fin de la inflación y de la posibilidad de modificar los precios relativos) las que explican la re-

ducción importante de la pobreza. Con la continuación del crecimiento, la estabilización de los precios, estas condiciones tienen un papel cada vez menos importante. Los efectos redistributivos (más igualdad, menos pobreza) se agotan. El nivel de la pobreza se estabiliza y su curso tiende a invertirse con el aumento de los empleos precarios e informales, sobre todo en algunas regiones muy industrializadas, como São Paulo.

La amplitud de la reducción de la pobreza depende no sólo del crecimiento, sino también del tipo de empleo creado

Un crecimiento parco en crear empleos

Se sabe que en algunos países, en ciertos momentos, hace falta, por ejemplo, 3% de crecimiento para crear empleos; en otros países y en otros momentos, o en el mismo, 5% son necesarios; etc. Se sabe también que la inflación, cuando alcanza niveles muy elevados, aumenta la tasa de inflación de modo inversamente proporcional al lugar ocupado en la escala de los ingresos: excepto el 5% más rico que se beneficia de la inflación, las otras capas, cuanto más bajos son sus ingresos, más afectados se ven en fuerte proporción. También se sabe que entre más desigual es el crecimiento, menos grandes son las oportunidades de mejorar el nivel de vida de los más pobres, en general, salvo si esta desigualdad acrecentada se limita a los ingresos de los “no pobres”.

El análisis del crecimiento *in abstracto* sólo ofrece, por lo tanto, un interés limitado. Es preferible *calificar* el crecimiento analizando sus elementos motores (¿sobre qué sectores descansa?), sus elementos distributivos (¿cuáles son las capas más favorecidas por este crecimiento y, a cambio, dinamizan o frenan este crecimiento?), y la parte creciente

—pero diferente según los países— de la internacionalización del mercado de los bienes y de los capitales.

Para comprender la evolución de la pobreza hay que estudiar el empleo y los ingresos que este crecimiento generan. El conjunto de los estudios, numerosos, de CEPAL (2000, p. 100 y siguientes) o del BID (1998), ponen de manifiesto que, fuera de algunos pequeños países, *las desigualdades entre capital y trabajo han crecido, las que existen entre trabajo calificado y no calificado también, y que, por fin, el porcentaje de los empleos informales en la población activa aumentó.*

Las causas de esta reciente evolución están estrechamente vinculadas con la apertura brutal de estas economías a la economía mundial, con la liberalización casi simultánea del conjunto de los mercados, y con una disminución sensible de la intervención del Estado en lo económico. Las consecuencias aparecen rápidamente: DIN de las hiperinflaciones, aumento del poder adquisitivo de los más desamparados, “deverticalización” del aparato de producción (sustituido por importaciones de segmentos de líneas de producción) y en ciertos casos (Argentina) tendencia a “primarizar” la economía (abandono de tramos enteros del aparato industrial para provecho de actividades primarias), reorganización, por fin, del aparato de producción. Más precisamente, pero sin que sea posible desarrollar aquí este aspecto: el sector sometido a la competencia internacional se ensanchó y no pudo sobrevivir sino transformándose profundamente. La productividad laboral aumentó mucho en las grandes economías durante los años noventa con excepción, obviamente, de los periodos de crisis, y su ritmo fue aproximadamente dos veces superior al de Estados Unidos (Katz, J., 2000), al mismo tiempo que el tejido industrial del país se transformaba: una menor integración y una “deverticalización” en curso, más o menos pronunciada, según los países y, finalmente, más importación de bie-

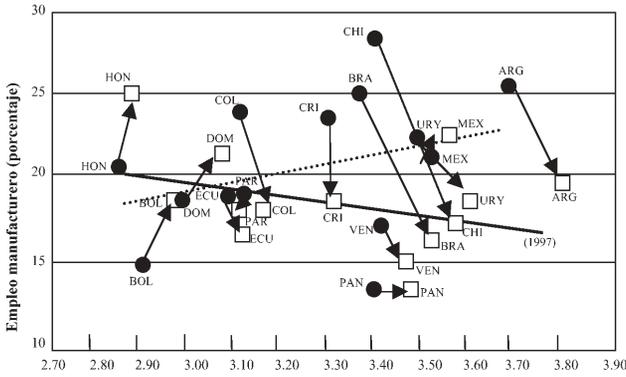
nes de equipo. La brecha de la productividad con los países desarrollados, que se había ensanchado en los años ochenta, se encogió<sup>7</sup> pues, pero la heterogeneidad de los niveles de productividad se acentuó entre el sector protegido y el sector competitivo. La tasa de formación bruta de capital aumentó poco, sigue siendo muy baja cuando se la compara con la de las economías asiáticas, y subraya la persistencia de comportamientos rentistas por parte de numerosos empresarios y de los estratos sociales más acomodados de la población. Por lo tanto, el crecimiento reaparecido fue, y es, por no decir más, *parco en empleos*. En Brasil, el empleo formal cayó mucho de 1989 a 1996 (con un aumento parcial de 1992 a 1995); esta reducción continuó en 1997 y 1998 en la industria de transformación, se invirtió ligeramente y luego mucho en 1999 y 2000, según los datos del IPEA. Esta característica no es sólo propia de Brasil, afecta a las principales economías latinoamericanas, como se puede ver en los gráficos 2 y 3.

Para una misma tasa de crecimiento del PIB, el crecimiento de los empleos manufactureros baja cuando no se vuelve negativo; su parte en los empleos se reduce a veces drásticamente. La evolución de los empleos en el comercio y los servicios sigue un camino inverso. A. F. Calcagno (2001) señala que de 100 empleos creados en América Latina de 1990 a 1996, más de 4/5 son empleos informales (p. 81 y siguientes). Las desigualdades se acrecentaron profundamente en todas las economías latinoamericanas (con excepción, no obstante, de Costa Rica), y más concretamente en México y Perú. Los ingresos del trabajo asalariado, en su conjunto, aumentaron de 1991 a 1996 (con excepción notable de Argentina, donde bajaron), pero este movimiento global se efectuó con una dispersión acentuada (incluso

7 El análisis de las causas del aumento de la productividad: aumento de las capacidades o importación masiva de bienes de equipo que sustituyeron a los bienes de equipo producidos localmente, queda fuera de nuestro propósito en este estudio.

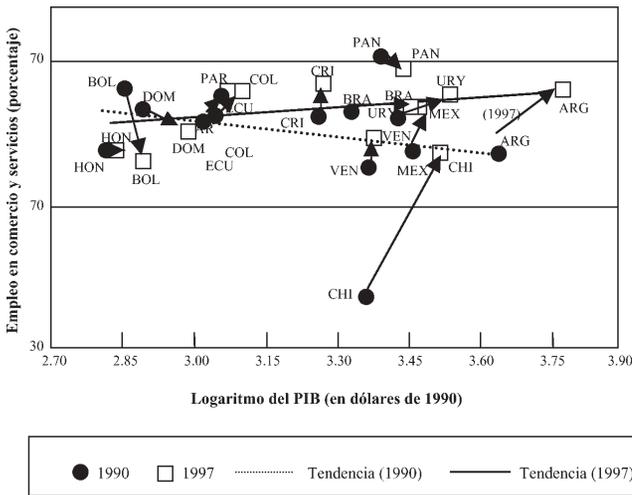


**Gráfico 2**  
**América Latina: PIB y empleo manufacturero**



Fuente: Elaborado sobre la base de los datos oficiales de los países CEPAL (2001)

**Gráfico 3**  
**América Latina: PIB y empleo en comercio y servicios**



Fuente: Elaborado sobre la base de los datos oficiales de los países CEPAL (2001).

con una baja para Argentina), una informalización mayor —la tasa de informalidad pasa de un 51.6% en 1990, en término medio, según el BID, a 57.4% en 1996<sup>8</sup> (*op. cit.*, p. 10)— y una disminución de la creación de los empleos (con una reducción de los empleos públicos, que pasan de 15.3% en 1990 a 13.2% en 1995, pero un aumento de los empleos en los sectores no expuestos a la competencia internacional, entre ellos los de la construcción y el de los servicios, pasando sus porcentajes de 58.4% en 1990 a 63% en 1995, *op. cit.*, pp. 10 y 11).

¿Serán pobres los desempleados?

La pregunta parece una provocación. Lógicamente, la respuesta inmediata tendría que ser positiva, y bastaría con observar cómo sube en potencia la pobreza y la indigencia en Argentina con la subida del desempleo, consecuencia de la larga recesión que atraviesa este país desde finales de los años noventa, para establecer una sólida relación entre ellos. Sin embargo, no siempre se da tal caso. Para comprender esta respuesta paradójica es importante distinguir, por una parte, los empleos informales de los formales y, por otra, precisar lo que se entiende por empleos

8 Las comparaciones entre países son difíciles de hacer, ya que las definiciones de la informalidad difieren por las razones que indicamos en el recuadro. No se puede limitar a una definición centrada en el pago de las cotizaciones sociales, puesto que se observa que un porcentaje más o menos pequeño de los empleos informales contribuye, más o menos fuertemente, para los empleos formales (OIT, 1999), ni sobre la dimensión de las empresas, aunque el conjunto de estos datos es importante de considerar. Cada país tiene, pues, sus propios criterios. Según el IPEA, por ejemplo, la participación de los asalariados "sin declarar" en Brasil que tienen, por lo tanto, empleos informales, pasó de un 20.81% del conjunto de los empleos de las grandes regiones metropolitanas en 1991, a 27.53% en el 2000, siendo particularmente pronunciado este movimiento en São Paulo, ya que pasa de 19.09% a 28.23%, sobrepasando a El Salvador y casi igual a Recife. La participación de los trabajadores "a cuenta propia", entre quienes se concentra la miseria, aumenta también, pero en una medida menor, de 20.10% a 23.34%, siendo la progresión especialmente elevada en el estado de Río de Janeiro. Para un análisis comparativo, pero aproximado, véase OIT (1999).



informales, por una parte, según los países y, por otra, discutir a propósito de la definición del desempleo e interrogarse sobre la pertinencia de la definición universal de la OIT cuando predomina cierto tipo de empleos informales.

Los empleos informales resultan poco o nada protegidos, pero las significaciones de la informalidad son diferentes según los países (ver recuadro). La pérdida de un empleo informal lleva a buscar un empleo aún más informal, si es preciso; el estatus de desempleado no permite vivir, ya que faltan asignaciones de desempleo en numerosos países donde el empleo informal es muy importante y saca sus especificidades de formas peculiares de integrar al trabajo una fracción importante de la población. Es lo que explica, al contrario, que allí donde los empleos se protegen más, el desempleo se vuelve “posible” (a menudo acompañado de empleos informales de tiempo parcial), y la relación entre su aumento y el de la pobreza puede establecerse. Cuando es muy importante la informalidad, ya no es pertinente esta relación. La pobreza está vinculada con la calidad del empleo: los pobres ocupan los empleos de más baja calidad (M. Dias David, 2001) y si existe una relación entre pobreza y desempleo, ésta es indirecta: cuando se desarrolla el desempleo, unos empleos de baja calidad se vuelven más importantes y aumenta la pobreza, sobre todo por las formas que toma el trabajo. Eso veremos al estudiar el caso brasileño.

#### Informalidad

El sector informal es un conjunto profundamente heterogéneo, no sólo por los oficios que lo componen, la relación con el Estado y las leyes, sino también por sus orígenes. La terminología de sector informal es ambigua: no destaca la especificidad de las situaciones y no permite analizar las evoluciones posibles de los distin-

tos empleos informales (B. Lautier, 1994). Un ejemplo permite comprenderlo. Se puede, por ejemplo, observar en Argentina la presencia de un sector informal muy importante, cuando se define este último por el hecho de no pagar las cargas sociales y no declarar (o declarar de manera incompleta) a los trabajadores, a los servicios fiscales y a la protección social, de modo que estos últimos no son objeto de descuentos obligatorios y, corolario de esta ausencia, no tienen acceso a la protección social definida por la ley.

El empleo informal en Argentina no tiene los mismos orígenes que en Brasil, por ejemplo, porque las dos formaciones sociales no tuvieron el mismo trayecto en la historia. En un caso, la colonización europea de asentamiento se acompañó de la erradicación de la mayoría de los indios –menos numerosos, es verdad, que en los Andes o en México– y no se recurrió a la importación de mano de obra esclava. Los empleos informales se caracterizan, entonces, esencialmente porque rodean la ley, al igual de lo que se observa, con menor amplitud, en los países europeos. En el otro caso, la nueva inserción en la división internacional del trabajo y la instauración de economías exportadoras, condujeron a una desestructuración de las relaciones de producción que existían en las comunidades indígenas y, en algunos casos, a una importación masiva de mano de obra esclava. Estas formas específicas de ingreso en el trabajo desestructuraron las relaciones de producción preexistentes, desviándolas de sus finalidades para imponer la economía de exportación, adaptaron estas relaciones de producción a la producción de bienes destinados a intercambiarse en masa. Por lo demás, rastros importantes de estas antiguas relaciones de producción perduran con el desarrollo del capitalismo. Sobre esta base se desarrollarán, con ayuda de la violencia, las relaciones comerciales y capitalistas otra vez con la industrialización. Ésta es la razón por la que las formas de asalariamiento llevarán la huella, allí más que en otra parte, de las

formas personales de dominación. Lejos de volverse anónimas, las relaciones de producción se caracterizarán por la privanza y el salario no será sólo un intercambio de valor, sino también y sobre todo, un intercambio de privanzas. Esta combinación “valor-privanza”, subrayada por G. Mathias (1987), da lugar a la vez a nivel político, a formas de dominación caracterizadas por el autoritarismo y el paternalismo, a nivel económico por la “modernización conservadora”, y a nivel salarial por el asalariamiento incompleto, es decir, por formas de empleos informales. Es decir, por lo tanto, hasta qué punto es imposible reducir la informalidad a la ilegalidad, sobre todo cuando se basa en mecanismos de legitimación no comerciales (G. Mathias y P. Salama, 1983) para oponerlos a la legitimación comercial resultante del desarrollo de las relaciones capitalistas, anónimas. Es decir, también hasta qué punto el desarrollo de este tipo de empleos en las ciudades, lejos de ser un accidente, tiene raíces históricas profundas y forma parte integrante de la reproducción de estas sociedades profundamente desiguales desde el origen de la colonización.

El empleo formal e informal aumenta y pasa de 15 a 17 millones de 1991 al 2000 en las seis regiones metropolitanas de Brasil. La participación del empleo informal en el empleo total aumenta, y el empleo en la industria de transformación baja sensiblemente entre las mismas fechas, mientras que el de servicios crece considerablemente. Es en los servicios y en los empleos informales donde se concentran los pobres. Cuando la importancia de los empleos informales en la población activa tiene orígenes que no se pueden reducir al hecho de rodear la legislación fiscal, y nace de las maneras de integrarse al trabajo, de la sumisión de las poblaciones indígenas y antaño esclavas, la relación entre desempleo y pobreza es más compleja que la que se observa en los países desarrollados o en Argentina:

el desempleo, tal como se mide según las definiciones de la OIT, afecta esencialmente a categorías no pobres de la población. Este punto controvertido es el que vamos a analizar partiendo de dos estudios del caso brasileño.

Una relación positiva entre el aumento del desempleo y el de la pobreza

R. Paes de Barros *et al.* (2000) hacen una comparación de los efectos de la inflación y del desempleo sobre la pobreza en un periodo largo. El resultado de sus estudios econométricos revela que la relación es fuerte entre crecimiento del desempleo, por una parte, y el aumento tanto de las desigualdades como de la pobreza, por otra. De mayo de 1982 a diciembre de 1998, un aumento de dos puntos del desempleo se traduce en una subida de la pobreza de 2.3 puntos. Más precisamente, la subida de 6.1 puntos del desempleo entre estas dos fechas explicaría el aumento de 7.1 puntos de la pobreza. Paradójicamente, esta relación entre el crecimiento del desempleo y el de la pobreza sería más fuerte que la relación entre el aumento de la inflación y el de la pobreza: por una subida de un punto de la inflación mensual, tendríamos un aumento de 0.04 puntos de pobreza. El paso de una inflación de 0% —observada cuando las políticas efímeras de estabilización— a unos 80% mensuales, explicaría un 3.2% del aumento de la pobreza y 7.2 puntos del índice de Theil utilizado para medir la desigualdad. Las conclusiones de los autores son que la pobreza está asociada sobre todo al crecimiento del desempleo, mientras que la variación de las desigualdades resultaría principalmente del incremento de la inflación. Los autores matizan sus conclusiones para los años 1995 y siguientes: el aumento del desempleo tendría menos efectos negativos sobre la pobreza y las desigualdades a partir de esta fecha.

Estos resultados sorprenden. Que el alza de la inflación



tenga efectos sobre la distribución de los ingresos es algo conocido por los economistas: se observa que la tasa inflacionaria es más elevada para los que forman parte de los deciles más bajos que para la gente cuyo ingreso se sitúa en los últimos deciles más elevados. Que esta subida de las desigualdades tenga efectos sobre la pobreza, también se admite,<sup>9</sup> pero igualmente se acepta que este efecto negativo pueda ser contrapesado por una tasa de crecimiento importante y una subida consecutiva del empleo.<sup>10</sup> La “sorpresa” viene sobre todo de los resultados obtenidos que establecen una jerarquía de las causas, llevando la ventaja el aumento del desempleo al crecimiento de la inflación en la explicación del incremento de la pobreza. Claro que se podría considerar que es indirecta esta influencia del aumento del desempleo sobre la pobreza: acompañándose el aumento del desempleo de un deterioro de la calidad de los empleos, en parte consecuencia del aumento del grado de informalidad. Así se podría observar un aumento del desempleo que afecte sobre todo los empleos formales, en los que se concentran las capas no pobres de la población, un aumento de los empleos informales procediendo de las personas cuyo ingreso es demasiado bajo para sobrevivir sin trabajar —aumento alimentado por las personas cuya pérdida de sus empleos formales con ingresos modestos y subsidios muy bajos no les permite sobrevivir—, y una disminución de la calidad de estos empleos. Los autores de este trabajo no estudian esta relación más compleja.

<sup>9</sup> Aunque a menudo menos se analiza, y particularmente en este análisis de Paes y otros.

<sup>10</sup> El periodo de la dictadura militar en Brasil ofrece un ejemplo heterodoxo —con relación a la corriente dominante del Banco mundial— y sobrecogedor al mismo tiempo, de un aumento de las desigualdades, de una tasa alta de crecimiento y de una disminución de la pobreza en los años setenta.

Una relación fuerte entre la variación de la pobreza  
y la evolución de la calidad de los empleos

El corto estudio de Ramos *et al.* (1999) establece que la relación entre el aumento del desempleo, por una parte, y el crecimiento de la pobreza, por otra, no es significativa. Ramos *et al.* hacen una simulación y muestran que si los trabajadores desempleados recibieran un ingreso, equivalente al que recibían cuando trabajaban, su situación no cambiaría significativamente, ya que la variación de la pobreza se explica, sobre todo, por la calidad de los empleos obtenidos (ésta puede medirse por el número de años de escuela). Es aquí, en parte, un resultado inverso al que se describió anteriormente, que va en contra de lo que enseñan las teorías, pero verdad es que éstas se refieren sobre todo a los países desarrollados.

La referencia a la calidad de los empleos en unos países donde existe una informalidad muy fuerte lleva a interrogarse sobre la definición del desempleo. Las estadísticas difieren mucho según si se refieren al enfoque del IBGE (PME) que utilizan R. Paes de Barros *et al.*, que corresponde a la que admite la OIT o la del DIEESE (PED). La tasa de desempleo medida por el IBGE sería de 7.45% en São Paulo en el 2000 y, medida por el E, de 11.02%. El DIEESE considera algunas formas de subempleo como reveladoras de un desempleo oculto: algunas personas pueden desalentarse temporalmente en su búsqueda de un empleo, otras tienen empleos precarios que no bastan para garantizar la estricta supervivencia. Si se añaden a la tasa de desempleo (PED) estas dos formas de desempleo escondido u “oculto”, se obtiene para el estado de São Paulo, según el IPEA, un 17.67% en el 2000, es decir, una cifra superior en 10 puntos a la que indica el IBGE (7.45%).

El enfoque bajo el cual el DIEESE presenta el desempleo y el subempleo es más pertinente que el del OIT-IBGE. Claro

que se puede considerar que hay cierta arbitrariedad en la definición y en la medida del desempleo (¿qué nivel de precariedad considerar?, ¿cuándo se puede afirmar que existe un desaliento para ponerse a buscar un empleo?), pero a pesar de estos defectos, corresponde más a la especificidad de las economías semi-industrializadas como Brasil, donde reina una tasa de empleo informal especialmente elevado. Es bastante lógico que se encuentren pocas relaciones significativas entre desempleo y pobreza en la medida en que *cuanto más pobre es uno, menos posibilidad tiene uno de no trabajar*, siendo inexistentes las asignaciones de desempleo para los pobres concentrados en empleos informales de baja calidad. Por eso además las estadísticas del IBGE ponen de manifiesto que la tasa de desempleo (PME) es más baja entre los trabajadores que tienen una escolaridad de cero a cuatro años: de 5.42% en el 2000; de 8.43% para los que tienen una escolaridad de 5 a 8 años; de 9.17% para una escolaridad de 9 a 11 años, y 3.80% para los que pudieron aprovecharse de una escolaridad superior a 12 años. Se encuentran así resultados análogos a los de los países desarrollados *sólo* para la categoría más instruida de los trabajadores; para los demás, los resultados son contrarios a los observados. Dicho en otras palabras, mientras que en los países desarrollados el desempleo es más importante cuando menos instrucción se tiene, en las economías semi-industrializadas es exactamente al revés, a excepción de la categoría que tiene más de 12 años de enseñanza. Esta última, por otra parte, conoció un desarrollo importante: el empleo aumentó un 50% de 1991 al 2000, según el IPEA. El empleo aumentó para todas las categorías, según aumentaba la instrucción, y especialmente para el tramo de 9 a 11 años de escuela *excepto*, como ya se señaló, los trabajadores que no se beneficiaron más que de una instrucción inferior a cuatro años de escuela. Hemos visto que esta evolución, contrastada según el nivel de educación, explicaba en par-

te la evolución de la pobreza: ésta aumenta menos de lo que se hubiera podido esperar si sólo se hubiesen tenido en cuenta los niveles de ingreso y sus evoluciones.

En la medida en que existe una relación sólida entre la calidad de los empleos, el ingreso y el nivel de instrucción se puede concluir, pues, como Ramos *et al.*, por la sencilla lógica del análisis, que hay una relación sólida entre la pobreza y la calidad del empleo y pocas relaciones directas y fiables entre la pobreza y el desempleo, sino indirectas, como lo subrayamos. La falta de relación directa entre aumento del desempleo e incremento de la pobreza, sin embargo, no se averigua en algunos países, como Argentina, en los que la informalidad presenta otra significación. El aumento fuerte del desempleo se traduce en una fuerte alza de la pobreza y la multiplicación de empleos informales a tiempo parcial.

Se puede deducir que el desarrollo de la precariedad, del trabajo a tiempo parcial, la rarefacción relativa de la creación de empleos formales, a excepción de los que exigen un nivel de instrucción relativamente elevado, constituyen factores que posiblemente son de naturaleza que conduzcan a un aumento de nuevas formas de la pobreza.

La precariedad, al mismo tiempo que la intensidad del trabajo, aumenta. El miedo a tener dificultades en encontrar un nuevo empleo, en caso de despido, se hace más fuerte que en el pasado y cambian no sólo las condiciones de trabajo, sino también la manera de vivir el trabajo. El *stress* aumenta debido a las nuevas condiciones de trabajo y porque el miedo a perder el empleo y a encontrarse en la pobreza es más fuerte hoy que ayer. Con la búsqueda de una mayor flexibilidad del trabajo en la empresa y de nuevas formas de dominación en el trabajo, las condiciones de trabajo tienden a acercarse entonces a las que prevalecen en los empleos informales. Se asiste, por lo tanto, a un doble movimiento: por una parte, con la democratización de los

regímenes políticos los empleos informales se comienzan a beneficiar modestamente de algunas de las prestaciones (acceso a los cuidados médicos) y se acercan a las ventajas que proporcionan los empleos formales; por otra, los empleos informales se informalizan más con el desarrollo de la precariedad y la flexibilidad del trabajo. La introducción masiva de la flexibilidad explica en parte hoy la persistencia de la pobreza a su nivel actual. Anteaer, la disminución de la pobreza provenía de la creación de empleos; ayer, su aumento tenía por origen la inflación y unos efectos regresivos sobre la distribución de los ingresos; hoy, la persistencia de la pobreza proviene de la naturaleza de los empleos creados. Tales evoluciones exigen un análisis en término de exclusión y legitiman enfoques cualitativos de la pobreza que no sean solamente monetarios como los que presentamos. Por ello, también parece deseable que se utilice una batería de otros indicadores que intenten medir la calidad de vida, en el trabajo, en el domicilio, al igual que lo que se hace hoy en los países desarrollados, con el fin de entender cuáles son las *múltiples facetas de la pobreza*. Estos indicadores, cuya mayor parte se presentaron y discutieron en el libro, permitirían entender los fenómenos de exclusión, comprender la influencia de una evolución diferenciada de los ingresos sobre los comportamientos, comprender la influencia de los factores no monetarios relacionados con el medio ambiente y su degradación, con la reducción de las dimensiones de la familia y con las modificaciones de la solidaridad, etc., sobre la calidad de vida.

#### Crecimiento y desigualdades

Un aumento de las desigualdades

La rápida liberalización de los mercados, al permitir una erradicación de los procesos hiperinflacionarios en los paí-

ses donde hacía estragos, una consolidación o una vuelta del crecimiento, ofrece una doble cara: en un primer momento, la pobreza y las desigualdades disminuyen; en un segundo tiempo, el crecimiento se alimenta con la desigualdad profunda existente, a menudo la acentúa, la alivia a veces cuando se hace más viva, pero al margen. No llegan a disminuir en forma duradera la pobreza y las desigualdades, porque las mantiene y se nutre de ellas.

Los años ochenta, denominados el “decenio perdido”

Las fluctuaciones de fuertes amplitudes del PIB, aumentando como bajando (Salama, 1998; Rodrik, 2001), en un contexto depresivo y muy inflacionario durante un largo periodo, afectan la distribución de los ingresos y la pobreza. Según CEPAL, en un estudio mencionado y explotado por V. Bulmer-Thomas (1998), la descomposición de estos años en fases recesivas, de crecimiento cero y, finalmente expansivas, revelan a partir de 36 observaciones efectuadas en 11 países de la región que, en 15 casos analizados en periodo de recesión, el ingreso del 40% de la población más desamparada se deterioró, mientras que el 15% más rico se mejoró en 7 casos y disminuyó en 8 de cada 15 casos. Cuando la economía se estanca, de 4 casos observados el ingreso medio del 40% más pobre mejora ligeramente, mientras que el del 10% más rico, paradójicamente, baja ligeramente. En las fases ascendentes del ciclo, sobre 17 casos observados, el ingreso del 40% más pobre se reduce en 5 casos, mientras que esta reducción sólo se observa en 2 de cada 17 casos para el 10% más rico. Se comprende entonces que con tales evoluciones del PIB y de las desigualdades, la amplitud y la profundidad de la pobreza, las desigualdades entre los pobres hayan podido aumentar muy fuertemente.

Con algunas escasas excepciones, los distintos países de América Latina son especialmente desiguales, como lo muestra el siguiente cuadro y, entre ellos, Brasil es donde las desigualdades son más importantes.<sup>11</sup>

**Cuadro 4**  
**Indicadores de desigualdades en América Latina**  
**(el Caribe incluido), 1986-1996**

	<b>Theil</b>	<b>Gini</b>	<b>Atkinson</b>
1986	0.59	0.54	0.47
<b>1989</b>	<b>0.73</b>	<b>0.58</b>	<b>0.52</b>
1992	0.62	0.55	0.51
1994	0.65	0.56	0.51
1996	0.65	0.56	0.52

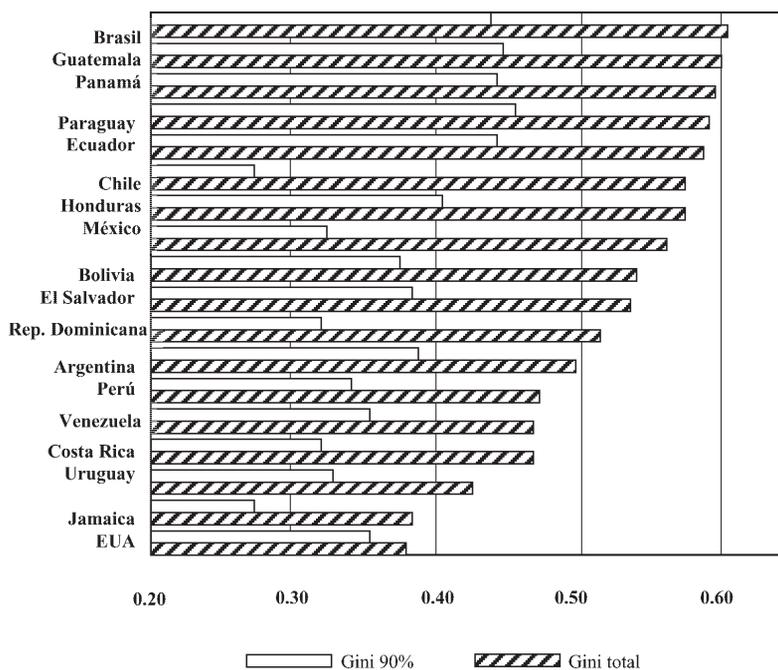
Fuente: Wodon, *op. cit.*, p. 4.

Según estos distintos indicadores, la desigualdad aumentó en 10 años. Después de haber alcanzado una cumbre a fines de los años ochenta, declina ligeramente, o incluso se estabiliza.<sup>12</sup> Estos datos son insuficientemente finos, y sería necesario dividirlos según deciles. No disponemos de series temporales para hacerlo; los únicos datos a nuestra disposición (1996) revelan una particularidad importante: la relación del índice de Gini de los 10 deciles sobre el de los 9 primeros deciles, es muy elevada, mucho más que en Estados Unidos, por ejemplo (Banco Interamericano de Desarrollo, p. 19) (gráfico 4).

11 La CNUCED propone un indicador más complejo con el fin de tener en cuenta la formación social en su totalidad. Considera la parte en el ingreso de los 40% más pobres, de los 20% más ricos y de los 40% que quedan calificados como "clases medias", para mayor sencillez, en cada país. Así se obtienen cinco grupos de países. El primero se compone de los países más desiguales, ya que los 20% más ricos tienen 60% y más de las riquezas producidas, las capas medias 30%, y los 40% más pobres 10% de estas riquezas. El país clasificado en primera posición en este grupo considerado como más desigual, es Brasil.

12 Para un estudio comparativo con las economías asiáticas, estudiadas por periodos según las fases de crecimiento y de crisis, véase L. Taylor (2000).

**Gráfico 4**  
**Concentración del ingreso total,**  
**excluyendo al 10% más rico**



Fuente: BID (1998), a partir de encuestas de hogares.

Hasta cierto punto, estamos en presencia de una bipolarización en la concentración de los ingresos efectuada, en parte, en detrimento de una fracción importante de las capas medias y, por supuesto de las más pobres, por lo menos en el periodo inflacionario (Salama, 1995; Londono y Szekely, 2000). Esta evolución se debe en parte a los beneficios obtenidos de la hiperinflación por 5% a 10% de la población (la clase más acomodada) y, cuando acaba la subida de los precios, habiéndose agotado la fuente de su enriquecimiento absoluto y relativo, a menudo se observa una decadencia relativa y ligera de su parte en el ingreso nacio-

nal.<sup>13</sup> En la misma línea, se debe considerar en realidad la deformación de la curva de Lorentz:<sup>14</sup> se puede muy bien observar a la vez una concentración de los ingresos, medida por el coeficiente de Gini, y constatar al mismo tiempo un aumento de la parte de los 30% más pobres en el ingreso nacional (deciles donde se concentran los pobres), de modo que, combinada con un crecimiento *per capita* positivo, la amplitud de la pobreza disminuye. Pero se puede observar también, menos frecuentemente por cierto, al mismo tiempo una reducción de la parte del primer decil (el más rico) y una reducción de la participación del 30% más pobre, de tal manera que, a pesar del crecimiento, la amplitud de la pobreza no está reducida. Por último, se puede constatar un ligero aumento de la concentración de las riquezas que se debe casi exclusivamente al 10% (o al 5%) más rico, de manera que el crecimiento *per capita* no puede generar una disminución de la amplitud de la pobreza a la altura de lo que se hubiera podido obtener si las desigualdades se hubiesen mantenido, o si se hubiesen reducido.

Según las investigaciones de Székely M. y Higert M. (1999), la distribución de los ingresos, limitada a los únicos ingresos del trabajo, se hizo más desigual en 11 de 14 países<sup>15</sup> en el decenio de los años noventa. En Bolivia, Chile, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras, Uruguay y Venezuela, el aumento de la concentración de los ingresos se explica esencialmente por el aumento de las desigualdades

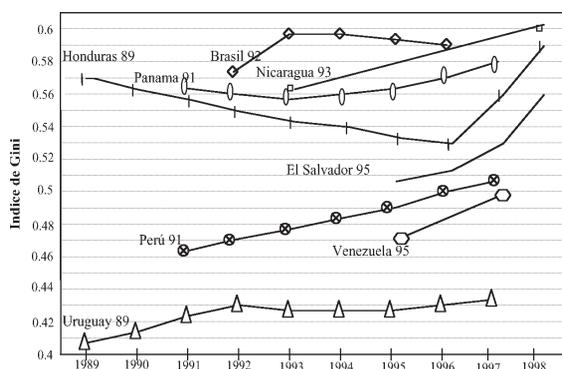
13 Tal es la evolución observada en Brasil, donde el 10% más rico cuenta con un 48.8% de las riquezas distribuidas en 1986; un 53.2% en 1989 y un 46.8% en 1999, concentrándose especialmente esta reducción en el 1% más rico (15.2% en 1986; 17.3% en 1989 (periodo inflacionario); 13.9% en 1995 (final de la hiperinflación) y 13% en 1999). El 9% siguiente conoce una estabilización de su parte relativa (33.6% en 1986 y 33.8% en 1999, después de haber tenido una cumbre de 35.9% en 1989) (fuente: IBGE/PNAD). Notemos aquí que limitamos el análisis a los solos ingresos recibidos, haciendo abstracción de la concentración muy elevada de los patrimonios.

14 Curva que pone en relación los percentiles, deciles o quintiles de la población con el ingreso acumulado que reciben.

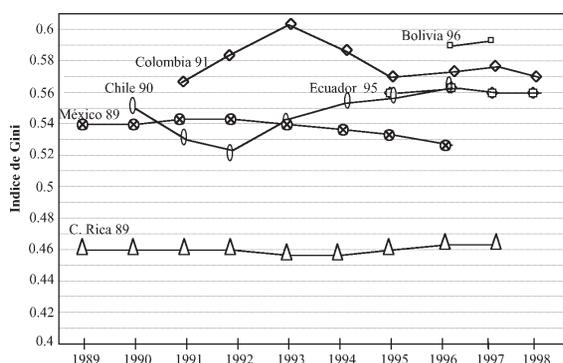
15 El número de países examinados en la investigación se limita a 14, ya que son países cuyas estadísticas se pueden comparar.

entre los nueve primeros deciles, mientras que en Brasil y Perú sería debido al aumento de la parte relativa en el ingreso de los percentiles situados entre 1990 y 1995; en Nicaragua y Panamá en los percentiles entre 1995 y 1998; en México y Paraguay de los 2% más ricos de la población (p. 28).

**Gráfico 5**  
**Desigualdad en LAC en los noventa**  
**(ciudades con aumento de la desigualdad)**



**Gráfico 6**  
**Desigualdad en LAC en los noventa**  
**(ciudades con desigualdades constantes)**



Fuente: Szekelyer y Hilbert, *op. cit.*, p. 32.

La pobreza es considerable en América Latina, tanto por su amplitud como por su profundidad. El solo crecimiento no puede reducir duraderamente la pobreza. Ya hemos visto que la reducción de 10 puntos de la pobreza, en dos años en Brasil, se explicaba esencialmente por los efectos redistributivos del fin de la hiperinflación y por el cambio de las anticipaciones. Para destacar la importancia de las modificaciones de la distribución de los ingresos sobre la pobreza, se puede razonar inicialmente *a contrario* con la ayuda de unos bosquejos. Se supone que el crecimiento, al permanecer al mismo tiempo ni demasiado elevado ni demasiado débil, no tiene efectos redistributivos, que es estable y durable.

#### Crecimiento – desigualdad – pobreza

Hace ya algunos años, N. Lustig (1989) había estimado para México cuántos años eran necesarios para colmar la brecha entre el nivel de remuneración alcanzado por los 10% más pobres, luego por los 10% siguientes, etc., y el salario mínimo de 1977, próximo a la línea de pobreza. Nora Lustig formula dos hipótesis. El crecimiento se supone *neutro* desde el punto de vista de la distribución de los ingresos; se supone que el coeficiente de Gini sigue siendo estable a lo largo del periodo; la tasa de crecimiento es regular y es de 3% al año. Con estas hipótesis, la población que compone el primer decil (los más pobres) tendría que esperar 64 años para que su ingreso alcanzara la línea de pobreza; el segundo decil sólo tendría que esperar 35 años, y el decil siguiente 21 años. Esto muestra la amplitud del problema de la pobreza en un país no obstante menos desigual que Brasil, y cuan vano es esperar del solo crecimiento, aunque fuera no desigual, una resolución rápida del problema de la pobreza. Más recientemente, Paes de Barros R. y Mendonça R. (1997) realizaron simulaciones intere-

santes para Brasil. La hipótesis consiste también en suponer constante la distribución de los ingresos (la de 1993) y en calcular el número de años de crecimiento continuo y regular para que la amplitud de la pobreza descienda. Los autores obtienen los siguientes resultados: 10 años de crecimiento con un porcentaje de 3% al año permiten una reducción de la pobreza de 8 puntos, pero de 2 puntos si el crecimiento es sólo de un 2%. Los autores analizan luego el efecto de la distribución del ingreso sobre la amplitud de la pobreza. El método consiste en suponer la conservación del ingreso medio de Brasil y en afectar al país una curva de Lorentz de otro país menos desigual. Si Brasil tuviera la misma curva de Lorentz que Colombia, la pobreza bajaría en 8 puntos; esta reducción sería de 6 puntos si la curva adoptada fuera la de México. En esta lógica, también se puede calcular cuál tendría que ser el índice de crecimiento durante 10 años —con conservación de la distribución del ingreso— para obtener una reducción equivalente a la que se realiza adoptando la distribución de los ingresos de otro país, conservando, al mismo tiempo, su ingreso medio inicial. Para obtener el mismo grado de desigualdad que Colombia y México, el crecimiento tendría que ser respectivamente de 2.8% y 2.4% anual.

*El crecimiento nunca es neutro en términos de distribución del ingreso.* Durante un largo periodo fue especialmente desigual. Birdsall y Londono (1997) pusieron de manifiesto que se estimaba a la población llamada pobre en América Latina en 110 millones de personas aproximadamente en 1970, y que alcanzaba 150 millones en 1995. Si la desigualdad de los ingresos, medida aquí por el coeficiente de Gini, hubiese continuado estable a lo largo de estos años, el número de pobres habría ascendido a 120 millones de personas. La diferencia de 30 millones de pobres adicionales es producto del aumento medio de las desigualdades observado en este periodo, sea por causa del aumento de la infla-



ción, por la falta de crecimiento durante el “decenio perdido”, o por la desigualdad inherente a ciertos regímenes de acumulación. El tomar en cuenta las desigualdades que genera el crecimiento en este periodo aumenta la amplitud de la pobreza. *A contrario*, no tenerlas en cuenta subestima el tiempo que se ha de esperar para que la pobreza disminuya.

¿Disminuir las desigualdades?

Unas pruebas econométricas efectuadas principalmente por las instituciones internacionales, y unas recientes formalizaciones, atribuyen un papel importante a la distribución de los ingresos para explicar el crecimiento.<sup>16</sup>

Cuanto menos importantes sean las desigualdades del ingreso —medidas por la relación entre los dos primeros (o los cuatro primeros) deciles y los dos últimos—, más fuerte y duradero es el crecimiento, e inversamente (Birdsall *et al.*, en Turnham *et al.*, 1995).<sup>17</sup>

Unas pocas desigualdades del ingreso constituirían, así, un factor positivo para el crecimiento, y éste actuaría a largo plazo sobre la disminución de la pobreza, en primer lugar de manera poco importante si los pobres están distantes de la línea de pobreza, luego masivamente si las

16 Es sorprendente que para demostrar las relaciones entre equidad y crecimiento, la mayor parte de las pruebas tomen periodos muy amplios, por ejemplo: de 1965 a 1990, en los cuales se mezclan fases de alta coyuntura (1965-1982) y fases de fuerte depresión (el decenio perdido de los ochenta) y componen muestras de países cuya homogeneidad es cuestionable (por ejemplo: Banco Mundial, 1993).

17 Estas conclusiones se opondrían así a la tesis desarrollada por Kuznets, según la cual la distribución de los ingresos seguiría una curva en U invertida. Al principio, las desigualdades se acentuarían con el crecimiento, puesto que los trabajadores se desplazarían de los sectores de baja productividad hacia los de productividad más elevada. O también, a los análisis de Kaldor, que ponen en relación el grado de desigualdad y la importancia del ahorro. Un aumento de las desigualdades debería permitir lograr fuentes de ahorro suplementarias (ahorrando aún más las capas acomodadas que las que no lo son) y, por lo tanto, aún más inversión y crecimiento. Sobre este punto véase también Dollar *et al.* (*op. cit.*).

desigualdades entre los pobres son poco altas. Contrariamente, desigualdades importantes no favorecerían el crecimiento, y el círculo virtuoso que se acaba de describir no podría desarrollarse. En estas condiciones, ¿cómo obtener un fuerte crecimiento en países donde las desigualdades de ingreso son especialmente importantes, como es el caso de la mayoría de las economías latinoamericanas? ¿Hace falta redistribuir los ingresos en favor de las capas más pobres, o “esperar” que el crecimiento obre para los menos favorecidos<sup>18</sup> impulsando al mismo tiempo su desarrollo por medidas de liberalización?

Insistir en el grado de desigualdades de ingreso y en la no liberalización de la economía, podría proporcionar una “explicación” del crecimiento más moderado en América Latina que en los países asiáticos<sup>19</sup> y definir una política económica susceptible de actuar sobre la pobreza, su amplitud y su profundidad, gracias a la liberalización de los mercados. Al contrario, disminuir la pobreza y las desigualdades, reanudar con el crecimiento, podrían resultar de una intervención del Estado más consecuente, me-

18 La observación debe por supuesto matizarse. Las instituciones internacionales consideran a menudo que hace falta ayudar directamente y por medio de programas focalizados a la pobreza extrema (los indigentes). Los “otros pobres”, cuyo ingreso se sitúa entre la línea de indigencia y la línea de pobreza, no deben beneficiarse de una redistribución de los ingresos, sino de programas de educación y salud. Tengamos en cuenta que esta posición comienza a evolucionar: becas de escolaridad pagadas a las madres de familia pobres y, más tímidamente, redistribución por medio de la fiscalidad (véase Valier J., 2000).

19 Utilizamos intencionalmente el condicional. La mayoría de las economías latinoamericanas conoció fases de desarrollo prolongadas, de los años cincuenta hasta los setenta, y para algunas más largas, con una distribución de los ingresos especialmente desigual y una intervención del Estado por lo menos sustancial, puesto que algunos teóricos concentraban su investigación, en aquella época, en el papel de los Estados en la industrialización, y el Banco Mundial, más keynesiano que hoy, pretendía favorecer su intervención. Para un estudio detallado de los fundamentos teóricos de la intervención importante del Estado en los países subdesarrollados, véase G. Mathias y P. Salama (1983). Añadamos finalmente que es en una fase de énfasis de las desigualdades, hecha posible por un golpe de Estado militar, en la que Brasil conoció lo que algunos llamaban en esa época “un milagro económico”.



nos burocrática, actuando, a la vez, sobre una política redistributiva de los ingresos y una política industrial, parecidas a las observadas en numerosos países asiáticos. Hay que reconocer, sin embargo, que las recomendaciones dominantes hechas por las instituciones internacionales hacen hincapié, en general, en el papel regulador del mercado y en los aspectos nocivos de la intervención del Estado cuando ésta sobrepasa los límites definidos por el enfoque liberal: no intervención en la asignación de los recursos, en la inversión productiva, una política redistributiva limitada por los principios rawlseanos de equidad y justicia,<sup>20</sup> una intervención del Estado limitada a algunos sectores no comerciales: la salud (insistiendo en la prioridad a la financiación de políticas preventivas), la educación (favoreciendo la enseñanza primaria), la infraestructura (transporte y

20 La redistribución ha de ser tal que no debe amputar el nivel absoluto de los ingresos de ciertas capas, para beneficio de otras, para que no se sientan no incitadas a trabajar menos. En cambio, puede diferenciarse la progresión de los ingresos, lo que, en los países donde domina una profunda desigualdad de los ingresos, deja poco margen a una política redistributiva, sobre todo si el crecimiento es bajo o ausente. En realidad dos ideas se oponen: la primera insiste en este enfoque en términos de equidad y justicia, y considera que la liberación de las fuerzas del mercado habría de impulsar el crecimiento y permitir así una progresión mecánica de los ingresos de los más pobres que se añadiría a la que se obtendría gracias a la redistribución de los ingresos según las normas definidas; la segunda adopta otro enfoque de justicia y equidad considerando, en primer lugar, las desigualdades desde un punto de vista ético y luego desde un punto de vista económico. Dicho de otro modo, unas medidas de redistribución pueden tener un costo, incluso en términos de crecimiento que conviene calcular, pero deben tomarse por razones éticas, a riesgo de que se vayan haciendo en largo tiempo. Estas medidas pueden también tener cierta eficacia económica al permitir que se cambie la regulación y se mejore la valorización del capital en los sectores que responden al aumento de la demanda solvente producida por la mejora del poder adquisitivo de las capas que tienen los ingresos más bajos. Pero también pueden no favorecer el crecimiento y ser poco eficaces (para discutir de esta eficacia, véase Bourguignon [1999] y su propuesta de mejorar el ingreso de las capas medias para aumentar por retruque el de los más pobres). Por lo tanto, el argumento económico no basta por sí mismo para justificar una redistribución importante de los ingresos a favor de los más pobres, aunque pueda considerarse. Una política de redistribución que sólo obedeciera a argumentos económicos, tendría fundamentos bien frágiles. Por eso los argumentos de carácter ético deben ponerse en primer lugar. No se puede evitar señalar que, más o menos, los argumentos éticos y económicos van hoy en la misma dirección.

también energía, alcantarillas, etc.). Este tipo de intervención, limitado a la producción de externalidades para las empresas o, previniendo las que son negativas y produce el mercado, *podría ser y es* de índole a disminuir el indicador de pobreza humana construido por el PNUD. Sus efectos son importantes para mejorar el nivel de vida de las capas más pobres y más modestas.<sup>21</sup> Pero resulta muy limitado.

En conclusión, el crecimiento es parco en empleos industriales, pero prolífico en empleos informales. La flexibilidad del trabajo aumenta (mayor precarización, trabajo a tiempo parcial); los salarios distan mucho de seguir la evolución de la productividad laboral, a excepción de los que poseen un empleo muy calificado; el desempleo tiende a aumentar a pesar del desarrollo de empleos informales. El crecimiento tiene efectos positivos sobre la pobreza, pero son más pequeños que los previstos, no sólo porque a medio plazo los índices de crecimiento siguen siendo modestos con relación al periodo 1950-1970, pero sobre todo porque se inscribe en un régimen de acumulación específico altamente inestable, que vamos a analizar. La paradoja es entonces la siguiente: mientras que ayer la pobreza se acrecentaba con la inflación, hoy puede proceder de ciertas formas, precarias, a tiempo parcial, de integración en el trabajo. Obtener un empleo no significa necesariamente salir de la pobreza, pero puede conducir a ella cuando la “calidad” del trabajo es baja.

El debate a propósito de los efectos del crecimiento sobre la pobreza, considerada *in abstracto*, poco sentido tiene, “ya que desvía la atención de cuestiones que tendrían que ser

21 Unas pruebas pusieron de manifiesto también que los países que dedicaban más recursos (en porcentaje del PIB) a estos gastos, registraban un crecimiento elevado y duradero (para examinar estos estudios, véase Fislow, 1996). Al contrario, quienes gastaban poco en educación, salud, infraestructura, investigación, registraban un crecimiento bajo e irregular durante un largo periodo, sobre todo si paralelamente ellos consagraban la mayor parte de sus ingresos públicos para pagar una burocracia “desproporcionada”, para colmar los enormes déficits de sus empresas públicas.



sobre las cuales habría de concentrarse la atención: quién trabaja, cómo y en qué circunstancias” (Rodrik, 2000, p. 9).

Un régimen de acumulación específica  
con dominante financiera

La dependencia financiera se volvió exorbitante y se traduce en una fuerte vulnerabilidad macroeconómica desde principios de los años noventa. Ésta sería principalmente la causa de la crisis y del aspecto contrastado de la coyuntura durante un plazo medio.

Expondremos sucesivamente las razones que fundan esta caracterización de este régimen de acumulación, luego discutiremos, a la luz de las recientes evoluciones, la inestabilidad relacionada con este régimen de acumulación.

La liberalización de los mercados como respuesta  
a las inflaciones muy fuertes y a la atonía del crecimiento

En los años noventa la rápida apertura de las fronteras condujo a una destrucción-reestructuración del aparato de producción, triunfando en parte la destrucción sobre la reestructuración. El balance comercial se volvió muy negativo, sobre todo en los primeros años de liberalización de los mercados. El rápido desarrollo de las exportaciones y la transformación a veces de su contenido, no fueron y no son suficientes para compensar el de las importaciones. La reestructuración del aparato industrial no fue bastante rápida e importante para que las empresas modernizadas pudieran exportar bastante y compensar así el vivo desarrollo de las importaciones, transformar positiva y duraderamente el saldo del balance comercial por una razón sencilla: las inversiones son, en efecto, insuficientemente elevadas con relación al PIB, sobre todo cuando se las compara con las que se hicieron en las economías asiáticas. Las bolsas cono-

cen un desarrollo considerable no sólo porque unos capitales vienen del extranjero con motivo de las privatizaciones, sino también porque las empresas arbitran en favor de colocación lucrativa en cartera, en lugar de invertir aún más.

La estabilidad relativa de la tasa de cambio nominal tiene credibilidad, adquirida a precio de una liberalización súbita e importante de los mercados, traduciéndose por una fuerte valoración de la moneda nacional en término real. Se encuentra uno, por lo tanto, ante la siguiente paradoja: por una parte, la liberalización financiera impone una relación más o menos estable de la moneda nacional frente al dólar, y la entrada masiva de capitales tiende a valorar una tasa de cambio real, ya muy valorado por la reducción de la inflación paralela a la estabilidad de la tasa de cambio nominal; por otra, la valoración de la tasa de cambio real en relación con el dólar frena el desarrollo de las exportaciones, al mismo tiempo que estimula las importaciones y eso, cuanto más geográficamente diversificado es el comercio (Brasil, Argentina a diferencia de México, cuyo comercio se focaliza sobre Norteamérica) y el propio dólar se aprecia con relación a las otras divisas clave.

El déficit del balance de las cuentas corrientes crece mucho no sólo porque el saldo del balance comercial se vuelve, en primer lugar, profundamente negativo, y luego algo menos, sino también porque aumentan los gastos en turismo, los gastos relacionados con el regreso de los beneficios y dividendos de las empresas multinacionales, cuya elevada progresión está conforme con la internacionalización creciente del capital, así como los gastos relacionados con la compra de patentes extranjeras, y los gastos crecientes vinculados con el servicio de una deuda externa en pleno desarrollo. Finalmente, el déficit del balance de las cuentas corrientes sólo expresa una parte de la necesidad de financiación, puesto que a esta última conviene añadir la amortización de la deuda.



El incremento de las tasas de interés, o incluso su mantenimiento a un nivel relativamente elevado, condición necesaria pero no suficiente para atraer los capitales,<sup>22</sup> por una parte hace más vulnerables a los bancos, reduciendo en parte el valor de sus activos (Gavin y Haussmann, 1996) al incitarlos a conceder malos créditos y al aumentar el riesgo del no pago de los deudores; por otra parte, este incremento eleva considerablemente el costo de los préstamos, y debilita, por lo tanto, a los Estados; ante el Estado federal aumenta el déficit presupuestario que una reducción de los gastos públicos no consigue vencer, e incita a revisar a la baja los proyectos de inversiones de las empresas, por dos razones: una vinculada al costo, otra a la posibilidad de arbitrar en favor de compra de bonos erarios públicos más rentables que la propia inversión. La vulnerabilidad de los bancos, ya debilitados por la rápida liberalización de los mercados financieros, y el aumento de los créditos dudosos, aumenta cuando los depósitos no siguen con el mismo ritmo el crecimiento de las tasas de interés y su capitalización se hace más urgente.

Cuando aparece la crisis. El costo para recapitalizar a los bancos y socializar sus pérdidas, alcanza ya dimensiones considerables en México después de las fuertes devaluaciones de 1994 y 1995.

Sólo se puede superar los déficit del balance de cuentas corrientes con las llegadas cada vez más masivas de capitales, a lo cual se añaden las salidas cada vez más considerables en calidad de la amortización del capital prestado. El funcionamiento de la economía se orienta hacia lo que Keynes nombraba una “*economía casino*”: la necesidad de

22 Numerosos economistas comparten hoy esta posición. Rodrik (2001, pp. 23 y siguientes) analiza esta lógica que conduce a una apreciación de la tasa de cambio real, escribiendo: “las tasas de cambio flexibles son menos guiadas por las perturbaciones en la competitividad o fluctuaciones del balance comercial y más por el deseo de mantener los flujos de capitales a corto plazo y la confianza de los inversores” (p. 24) y, añadiremos, a un alza real de las tasas de interés al ser éstas amenazadas.

financiación llama entradas de capitales a la altura de esta necesidad creciente. Mientras más nos acercamos a un nivel de déficit insostenible, más aumentan las tasas de interés y acuden abundantes capitales flotantes colocados a muy corto plazo. Cruzado este límite —difícil de definir—, la amplitud de los déficit (presupuestarios, balance de las cuentas corrientes) suscita una caída de la credibilidad de la política económica de los gobiernos, las salidas masivas de capitales, una reducción drástica de las bolsas nacionales y, en la mayoría de los casos, un hundimiento de la moneda con relación al dólar, todo esto seguido de una recesión, siendo ésta aún más elevada si el valor de la moneda se preserva a pesar de la pérdida de credibilidad que sufre la política económica del país que se traduce por un aumento de las tasas de interés, un mayor déficit fiscal y la incapacidad de llevar una política económica coherente (Argentina, desde 1998). Así pues, mientras el funcionamiento de la economía casino no suscita temores de insolvencia, los déficit se colman por entradas de capitales. Déficit y entradas van en el mismo sentido. Cuando los déficit siguen ahondándose, pero cesan las entradas de capitales y salen éstos del país, se añaden déficit y salidas de capitales.

La lógica financiera introducida por el funcionamiento de una economía casino tiende a imponer una *gran inestabilidad*, y por lo tanto fluctuaciones importantes de la actividad económica. Se trata de un verdadero círculo vicioso. Esto considerado, sería erróneo atribuir a esta única dimensión financiera, por considerable que fuese, la responsabilidad de la llegada de una crisis. Pesa *estructuralmente*, pero las crisis pueden también proceder de una valoración de capital que se volvió insuficiente debido a una excesiva inversión relativa, de un deterioro profundo de los términos de intercambio de los productos primarios que conduce a un mayor déficit comercial, y a un incremento de las tasas de interés, si una parte importante de los ingresos pre-



supuestarios viene de la imposición de estas importaciones. Se puede considerar que la crisis argentina a fines de los años noventa y comienzos de los años 2000, se explica a la vez por causas financieras y por el deterioro de los términos del intercambio, cuyos efectos se volvieron tanto más importantes cuanto que se tornó primaria la economía a lo largo del último decenio. Asimismo, se puede considerar que la ligera disminución económica en 1998-99, observada en México, se explica por el contagio de la crisis financiera y la reducción de los ingresos presupuestarios causada por la baja del precio del petróleo, y el alza consecutiva de la tasa de interés adoptada para evitar un crecimiento del déficit presupuestario.

Este régimen de acumulación con dominante financiera se convierte progresivamente en una *trampa*, de la cual se hace cada vez más difícil salir sin crisis. La lógica financiera de estos regímenes de acumulación imprime al crecimiento un perfil de “montañas rusas”.

En resumidas cuentas, este tipo de crecimiento queda en un equilibrio muy inestable. La durabilidad de este crecimiento es problemática. Cuando ocurre la crisis, el temor de ver los capitales salir lleva a subir las tasas de interés a un nivel tal que se convierte en un obstáculo casi imposible de salvar para los proyectos de inversión que necesitan recurrir al crédito y dificulta mucho el reembolso de los créditos antiguos, lo que debilita a los bancos y también a los gobiernos muy endeudados y modifica las relaciones entre el Estado central y los Estados federados muy endeudados. Considerándose insuficiente esta medida para restablecer la confianza de los mercados, una política de austeridad se adopta entonces. Los gastos públicos tendrían que reducirse con tanta más fuerza cuanto más que los gastos que garantizan el servicio de la deuda interna y externa aumentan de manera exponencial, a medida que se elevan las tasas de interés y que conviene obtener un excedente presupues-

tario (sin contar el servicio de la deuda). Siendo difícil crear nuevos impuestos, y la reducción significativa de los gastos haciéndose también difícil porque no se pueden comprimir, se soluciona la situación bien por un “blindaje” financiero consecuente, acompañado con una promesa de reducir estos gastos, bien por una devaluación, o ambos al mismo tiempo. Las tasas de interés pueden entonces bajar de nuevo, y el crecimiento reanudarse sin que haya un incremento significativo de la inflación, disminuir el déficit presupuestario.

Según los trabajos de Rodrik (2001), la volatilidad de los flujos brutos de capitales privados en porcentaje del PIB,<sup>23</sup> medida por la diferencia tipo, explicaría un poco más de la mitad de la volatilidad del PNB del conjunto de las economías latinoamericanas, mientras que en los años ochenta esta cifra era de 20%.

La vulnerabilidad macroeconómica de estos modelos es profunda y sus efectos sobre la pobreza son muy importantes

La crisis de fines de los noventa es “rica en enseñanzas”. Sólo Argentina entró en una profunda recesión de la cual tiene bastantes dificultades para salir. Brasil conoció un fuerte frenazo —una recesión por cierto—, pero no una depresión, estableciéndose el crecimiento alrededor de cero. La amplitud, pues, fue menos importante de lo que se podía prever. México no conoció recesión; muy al contrario, se mantuvo una buena expansión. Por lo tanto, sería un error pensar que las fluctuaciones ocurrirían una tras otra con un ritmo cada vez más acelerado y, sobre todo, que sucederían en forma más o menos simultánea.

Los efectos de la vulnerabilidad macroeconómica sobre

23 Una observación por país en cada decenio (1980 y 1990); se excluyen los países cuyos flujos de capitales son muy volátiles por razones específicas, como Surinam, Panamá, Bahamas y Nicaragua.



la pobreza son importantísimos, no sólo porque al haber desaparecido la inflación, la única manera de reducir la masa salarial sería disminuir el empleo, antes que los salarios reales (Márquez G., 2000, pp. 7 y 8), sino también porque con la crisis se desarrollan actividades de supervivencia. Lo informal, más importante, tiende a informalizarse aún más, al mismo tiempo que aumenta el trabajo a tiempo parcial, cuyos ingresos son inferiores a los que corresponden con la línea de pobreza, y una muy fuerte precariedad tiende a instaurarse. Utilizando los trabajos de De Janvry y Sadoulet (1999), N. Lustig (2001) destaca los efectos de la crisis inflacionaria de los años ochenta: cada vez que pierde un punto el PIB, durante las fases de recesión, la amplitud de la pobreza urbana aumenta en 3.7%, y la pobreza rural en 2%. Estas cifras son más elevadas que las que presentamos con los trabajos de Wodon, pero se refieren a momentos específicos, es decir, a los periodos de crisis. La crisis causa, por cierto, efectos desmultiplicados sobre la pobreza, que no compensan una recuperación económica de igual importe y de similar duración. El fenómeno de histéresis se explica esencialmente por dos causas: la crisis acentúa profundamente las desigualdades, aún más que en los países desarrollados, debido a la poca protección social, reducida con la liberalización de los mercados;<sup>24</sup> los servicios públicos, entre los cuales la escuela y la salud sufren especialmente las reducciones de gastos, adoptadas para recuperar un equilibrio presupuestario.<sup>25</sup> La duración

24 Rodrik compara la crisis de los años treinta en Estados Unidos con la de los años ochenta en América Latina, de amplitud y duración equivalentes: en un caso, se pasó del "dejar hacer" al intervencionismo y, en el otro, del intervencionismo al "dejar hacer", favoreciendo así el mercado en detrimento del Estado (Rodrik, 2001, pp. 11-13).

25 Hicks N. y Wodon Q. (2001) estudian la elasticidad de los gastos sociales y, especialmente, unos programas focalizados con relación al PIB en las fases de crecimiento y en las de recesión, y concluyen que los gobiernos son en general "pro-pobres" en las fases de crecimiento; esta actitud cambia en las fases de recesión, bajando los gastos sociales en el momento mismo en que, sufriendo los pobres la recesión

media de la escolaridad baja y decae su calidad. Los niños pobres frecuentan menos asiduamente a la escuela y trabajan más. La búsqueda de actividades de supervivencia a corto plazo, que la crisis vuelve necesaria, la calidad y duración de la escolaridad más débiles, la protección sanitaria reducida, la nutrición más insuficiente, disminuyen, en algunos casos, de manera irreversible, las capacidades de salir de la pobreza cuando llega la recuperación económica.

La asimetría de los efectos puede resumirse en el cuadro siguiente (Lustig, 2001).

**Cuadro 5**  
**Crisis y amplitud de la pobreza (en %)**

	<b>Theil</b>	<b>Gini</b>	<b>Atkinson</b>
1986	0.59	0.54	0.47
<b>1989</b>	<b>0.73</b>	<b>0.58</b>	<b>0.52</b>
1992	0.62	0.55	0.51
1994	0.65	0.56	0.51
1996	0.65	0.56	0.52

Fuente: N. Lustig (extraído), *op. cit.*, p. 19.

Como puede observarse, la pobreza aumenta mucho con la crisis y no tiende a bajar, a pesar de un año o dos de recuperación económica. Hasta tiende a aumentar y es necesario un periodo de crecimiento más largo y más constante para que comience a bajar.

La volatilidad del PIB, explicada en parte por los flujos de capitales privados en los años noventa, induce una fuerte volatilidad del ingreso de los hogares y, más concretamente, de las capas más modestas. Rodrik (2001) establece una relación entre la volatilidad del ingreso de los hogares

con mayor fuerza que las otras capas, estos gastos tendrían que aumentar. Para 1 % de reducción del PIB per cápita, los programas focalizados bajarían de 2% por cada pobre; la mitad de este efecto viene de la reducción del PIB; la otra mitad, del aumento del número de pobres (pp. 109 y ss.).

y la del PIB a partir de una identidad sencilla: el crecimiento del ingreso del *n*ésimo hogar es igual al crecimiento del PIB, al cual se añade la diferencia entre crecimiento del ingreso del *n*ésimo hogar y la del PIB. Esta diferencia expresa la variación relativa del ingreso de un hogar con relación a la del PIB, es decir, del ingreso medio. La volatilidad se mide por la varianza. A partir de allí, se deduce que la volatilidad (varianza) del *n*ésimo hogar es igual a la volatilidad (varianza) del PIB, más la del ingreso relativo de ese hogar (varianza), a la que se añade dos veces la covarianza entre las tasas de crecimiento del PIB y del ingreso relativo de este hogar. Los tres términos tienen cada uno un sentido preciso: el primero expresa las macroperturbaciones, el segundo las perturbaciones idiosincrásicas, y el tercer término finalmente indica, según sea positivo o negativo, que el ingreso relativo es procíclico (el ingreso relativo crece más rápidamente que el PIB, en periodo de crecimiento, y se reduce con mayor fuerza en periodo de recesión) o no lo es. Por lo tanto se puede considerar que el ingreso relativo de los hogares pobres es procíclico, puesto que su ingreso es especialmente vulnerable a los ciclos económicos. El interés de esta descomposición es que permite definir mejor las políticas destinadas a reducir la pobreza. Si la responsabilidad de la volatilidad del ingreso en el *n*ésimo hogar —y aquí los hogares pobres o en vía de serlo— surge principalmente de la volatilidad macroeconómica, entonces las políticas que han de establecerse consisten en hacer hincapié en la búsqueda de la estabilidad macroeconómica, más que en políticas focalizadas. Como la inestabilidad macroeconómica procede en parte de la volatilidad de los flujos de capitales privados, se puede pensar que menos mercado y más Estado podrían reducir la volatilidad macroeconómica y, así, la volatilidad del ingreso de estos hogares. Si la volatilidad se explica principalmente por razones idiosincrásicas, entonces una política

específica destinada a reducir el riesgo particular de cada hogar se hace necesaria. Y si, finalmente, la volatilidad se explica por la extrema sensibilidad de ciertos hogares (y en nuestro caso, los hogares pobres y próximos a la línea de pobreza) a las perturbaciones macroeconómicas, entonces programas focalizados, insensibles a la baja de las recesiones, se vuelven necesarios.

A excepción de algunos países como Chile, la volatilidad se explica, sobre todo, por macroperturbaciones (primer término) y por una sensibilidad relativa a estas perturbaciones (tercer término), y esto especialmente para las categorías más pobres de la población. Estas observaciones tendrían que llevar a establecer nuevas políticas económicas, lejos de los espejismos suscitados por la liberalización de los mercados, consolidando al mismo tiempo políticas focalizadas para que las macroperturbaciones no las pongan en tela de juicio. Por consiguiente, las políticas macroeconómicas habrían de privilegiar la estabilidad económica, antes que permitir el regreso a las grandes fluctuaciones del siglo XIX europeo. La regulación de los mercados se convierte cada vez más en una necesidad. Pasa por un reconocimiento del papel positivo de los Estados en lo económico y social. Es imprescindible trastornar de arriba abajo los enfoques tradicionales, si verdaderamente se quiere reducir la pobreza.

Berry, A. "El contexto macroeconómico de las políticas, proyectos y programas para promover el desarrollo social y combatir la pobreza en América Latina y el Caribe", en J. C. Zevallos (ed.), *Mitigación de la pobreza y desarrollo social PNUD*, Washington, 1999.

Bey, M. "Recherches sur la pauvreté: état des lieux. Contribution à la définition d'une problématique", en *Tiers Monde*, núm. 180, París, 1999.

Birdsall, N., y Londono J. L. "Asset Inequality does matter:

Bibliografía



## Bibliografía

- Lessons from Latin America”, OCE Working Papers Inter American Bank of Development, Washington, 1997.
- Banco Interamericano de Desarrollo. *¿Cuál es el problema de empleo de América Latina y cómo enfrentarlo?* Séminaire de Cartagena, Colombia, ver en particular E. Lora y Márquez: “El problema del empleo en América Latina: percepciones y hechos estilizados”; E. Lora E y M. Olivera: “Las políticas macro y los problemas del empleo en América Latina; BID (1998) América Latina frente a la desigualdad, Washington, 1998.
- Bourguignon, F. *Redistribution et développement*. Conseil d'Analyse Économique, La Documentation française, Francia, 2000.
- Calcagno, A. F. “Ajuste estructural, costo social y modalidades de desarrollo en América Latina”, en Sader, E., *El ajuste estructural en América Latina, costos sociales y alternativas*, CLACSO y ASDI, 2001.
- CEPAL. *Una década de luces y sombras, América Latina y el Caribe en los años noventa*, CEPAL/Alfaomega, Col. Panorama social de América Latina, Chile, 2001.
- Cortés, Neri M. “Mercado de trabalho no Brazil: diferentes historias em diferentes situações”, en Velloso y Albuquerque (eds.), *Soluções para a questão do emprego*, Olympia Editora, Brasil, 2001.
- CNUCED. *Trade and Development, Report*, Ginebra, 1997.
- De Janvry, A., y Sadoulet E. *Growth, Poverty, and Inequality in Latin America, a causal Analysis, 1970-94*, Inter-american Development Bank, Washington, 1999.
- Destremau, B., y Salama, P. “De nouvelles causes au maintien de la pauvreté”, postface à l'édition portugaise du livre des auteurs, *Mesure et démesure de la pauvreté*, Garamond, Brasil, 2001.
- Dias, David M. “Dynamique et permanence des exclusions au Brésil. Thèse Paris XIII”, mimeo, Francia, 2001.
- Dollar, D., y Kraay A. “Growth is good for the Poor”, documento de trabajo del Banco Mundial, Washington, 2001.

- Hicks, N., y Wodon Q. "Protección social para los pobres en América Latina", *Revista de la CEPAL*, núm. 73, Chile, 2001.
- Dedecca, C. S. "Productividade, emprego e salarios na industria brasileira", mimeo, Colloque ANPEC et (1998), "Réorganisation productive, absorption de main d'œuvre et qualification au Brésil", mimeo, 1999.
- Fishlow, A. *Inequality, Poverty and Growth: where do we Stand?*, Annual World Bank Conference on development Economics, publié sous la direction de Bruno M. et Plekovic B., Banco Mundial, Washington, 1996.
- Gavin y Hausmann. "Les origines des crises bancaires: le contexte macro-économique", en *Problèmes d'Amérique latine*, núm. 21, la Documentation française, Francia, 1996.
- IPEA-MTE. *Mercado de trabalho, conjuntura e analise*. Plusieurs numéros.
- Lustig, N. "La desigualdad en México", en *Economía de América Latina: las dimensiones sociales de la crisis*, núm. 18/19, CET, México, 1989.
- . "Crisis and the Poor; Socially Responsible Macroeconomics", Inter-american Development Bank (IADB), Technical Papers Series Washington; Lustig, N. (1989) "La desigualdad en México" *Economía de América Latina: las dimensiones sociales de la crisis*, núm. 18/19, CET, México, 2000.
- Katz, J. *Reformas estructurales, productividad y conducta tecnológica en América Latina*, FCE/CEPAL, Pasado y presente del comportamiento tecnológico en América Latina, documento de CEPAL, serie desarrollo económico, núm. 75, 2000a y 2000b.
- Lautier, B. *L'économie informelle ed La Découverte*, Francia, 1994.
- Londono, J. L., y M. Székely. "Persistent Poverty and Excess Inequality 1970-1995", en *Journal of Applied Economics*, forthcoming.
- Marquez, G. "Labor Markets and Income Support: What Did We Learn from the Crisis", documento de trabajo núm. 425, IADB, Washington, 2000.

## Bibliografía



- Bibliografía
- Mathias, G. *État et salarisation restreinte au Brésil*, Tiers Monde, 1987.
- , y P. Salama. *El Estado sobredesarrollado*, Era, México, 1986.
- OIT. *Informe, América Latina y el Caribe, Panorama laboral '99*, Suiza, 2000.
- Paes de Barros, R., y R. Mendonça. “O impacto do crescimento economico e de reduções no grau de desigualdade sobre a pobreza”, texto par discussão, núm. 528, IPEA, 1997.
- et al. “Poverty, Inequality and Macroeconomic Instability”, texto para discussão, núm. 750, IPEA.
- Ramos, C. A., y R. Santana. “Desemprego, desigualdade e pobreza”, en *Mercado de trabalho, conjuntura e analise*, núm. 11, IPEA/MTE, Brasil, 1999.
- Rocha, S. “Opções metodológicas para a estimação de linhas de indigência e de pobreza no Brazil”, mimeo, 1999.
- . “Pobreza no Brazil: O que ha de novo no limiar do seculo XXI”, mimeo, 2000.
- Rodrik, D. “Growth Versus Reduction: A Hollow Debate”, en *Finance and Development*, vol. 37, núm. 4, FMI, Washington, 2000.
- . “Por qué hay tanta inseguridad económica en América Latina”, *Revista de la CEPAL*, núm. 73, Chile, 2001.
- Ramos, C. A., y R. Santana. “Desemprego, desigualdade e pobreza”, en *Mercado de trabalho, conjuntura e analise*, núm. 11, IPEA/MTE, Brasil, 1999.
- Rocha, S. “Opções metodológicas para a estimação de linhas de indigência e de pobreza no Brazil”, mimeo, 1999.
- . “Pobreza no Brazil: O que ha de novo no limiar do seculo XXI”, mimeo, 2000.
- Salama, P. “Pauvretés, les voies étroites d'une issue équitable en Amérique latine”, Tiers Monde, núm. 142, 1995.
- . “Des formes nouvelles de la pauvreté en Amérique latine”, *Problèmes d'amérique latine? la documentation française*, Paris, cette étude a été publiée dans Salama, P.

- (1999), *Riqueza e pobreza en América latina, la fragilidad de las nuevas políticas económicas*, FCE, México, 1998.
- y J. Valier. *La economía gangrenada. Ensayo sobre la hiperinflación*, Siglo XXI Editores, México, 1992.
- y J. Valier. *Neoliberalismo, pobreza y desigualdades en el Tercer Mundo*, Nino y Dávila, Argentina, 1994.
- Székely M., y Hilgert. "The 1990s in Latin America: Another Decade of Persistent Inequality" documento de trabajo, núm. 410, IADB, Washington, 1999.
- Taylor, L. "External Liberalization, Economic Performance, and Distribution in Latin America and Elsewhere", UNU-Wider, documento de trabajo, núm. 215, Finlandia, 2000.
- Turnham D., Foy, C, Larrain, G. (ed). *Tensions sociales, création d'emplois et politique économique en Amérique latine*. OCDE 1995, voir plus particulièrement Márquez, *Le problème de l'emploi en Amérique latine*, Birdsall N, Ross D. y Sabot R., *L'inégalité: un frein à la croissance en Amérique latine*.
- Valier, J. "Pauvreté, inégalités et politiques sociales dans les Tiers-Mondes depuis la fin des années quatre-vingts", Conseil d'Analyse économique, La Documentation française, Francia, 2000.
- Wodon, Q. T. *Poverty and Policy in Latin America and the Caribbean*, Banco Mundial, EUA, 2000.

## Bibliografía

El conjunto de artículos técnicos, documentos de trabajo, sean del Banco Mundial, del Banco Interamericano de Desarrollo (IADB), del IEPA, de la CEPAL, etc., están a disposición en Internet.